

# Inti: Revista de literatura hispánica

---

Number 39  
*Faro Del Mundo Luz de America*

Article 30

---

1994

## Al sueño perfecto

Alejandro Aura

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

---

### Citas recomendadas

Aura, Alejandro (Primavera 1994) "Al sueño perfecto," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 39, Article 30.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss39/30>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact [dps@providence.edu](mailto:dps@providence.edu).

ALEJANDRO AURA

## Al sueño perfecto

### 1. — detrás de la puerta

Uno entra a *Al sueño perfecto* por una puertecilla doble y baja que en lugar de sonar las consabidas campanitas para alertar al dependiente, o mejor, al propietario que tal vez aprovecha la falta de clientela en ese momento para realizar labores domésticas, o para llevar a cabo la rutina de una pequeña industria manual, o quizás para atender asuntos de carácter sentimental en la partecita de atrás, suena un extraño diapasón que todo lo engloba y que no parece provenir de ninguna parte en concreto sino ser parte consustancial del aire raro que priva en la tienda.

Una sensación de soledad resignada queda vibrando en el silencio.

‘Al sueño perfecto, todo para dormir’, dice el anuncio exterior balanceándose suavemente sobre la acera. Y en primer plano — la tienda no es tan ancha como larga — una cama a cada lado delimitando un virtual pasillo. La de la izquierda está habitada por una figura — de cera, de papel maché, de alambre forrado — que simula dormir a solas plácidamente de lado, con las cobijas, aunque bastas, aunque elegantemente toscas, ordenadas tapándole hasta el mentón y con la cabeza prácticamente sumergida en una almohada con su funda ocre de tejido grueso pero de apariencia acogedora. Se percibe la frente de cerúleos tintes sin una sola arruga, sin siquiera un leve fruncimiento, por lo que uno podría decir que está perfectamente dormido, o dormida, da igual, monje o monja, lo que importa es la perfección del acto, o eso parece ser el propósito de la tienda que ocupa este espacio principalísimo para tal exhibición de objetos que en sí no se venden, aunque son la piedra de toque, el alfa y el omega de este templo a Morfeo, porque viendo hacia la otra cama se destaca el contraste evidente en la forma pero la identidad en el contenido: en esa cama duerme una pareja con las sábanas de satén revueltas y arrugadas, salidas por todas partes de sus dobleces bajo el colchón sugiriendo la batalla que tuvo lugar en el valle de su pasada noche; aquí y allá, muestra sus fatigas alguna esquina del colchón tapizado a grecas; la pareja denota en sus rostros estar disfrutando

de un sueño más que placentero, plenamente satisfecho, un sueño rotundo, por más que sobresalgan entre las cobijas un pie, un hombro, una rodilla imitada con tanta perfección que aturde. Bocarriba, ambas cabezas se hunden en la espuma de ganso de la almohada compartida.

Inmediatamente después, cuando uno puede sustraer la vista, inquieta por la indiscreción de haber sorprendido a esa pareja en el merecido descanso, si es que las cosas ocurrieron como uno, ay Dios, las está imaginando, con pelos y señales, con sudor y lágrimas y todos los demás humores que se intercambian en los actos preliminares a un reposo tan distendido — hasta se diría que han permanecido en el aire efluvios de esos ácidos aromas de la carne frotándose —, comienzan las estanterías de sábanas, almohadas y cobertores.

Por aquí y por allá pueden leerse cédulas que no sólo indican el precio y la calidad de los objetos, sino su procedencia, la manera de obtener las mayores ventajas de su uso, consideraciones prácticas y consejos de todo tipo. Una, por ejemplo, dice: *mucho mejor para un sueño perfecto es no usar almohada si se tiene el dominio total sobre las vértebras del cuello, para lo cual debe abolirse, desde la niñez, la soberbia*. Otra, junto a las almohadas también, reza: *las plumas del pecho de los gansos tienen la virtud de haber sido creadas por las manos etéreas de las diosas con el único objeto de halagarse acariciándolas, es un acto de alta cultura usarlas para posar en ellas nuestras cabezas*. O con los mismos caracteres *Almohada suavespuma, procedencia: Corea del Norte. Lleve dos por el precio de una*.

## 2. — un romántico

¿Quién es quien ha entrado a la tienda? ¿Un señor, una señora, un joven, una conciencia que se ha desatado las amarras corporales, un ente ajeno a la conciencia, un verbo que se va desenvolviendo de asombro en asombro? Quién.

Hay varias posibilidades: en primer lugar podría tratarse de Abel Carrasco, quien hace ya bastantes años optó por una vida más cercana a la naturaleza abandonando una línea de conducta más o menos programada por su familia y su medio ambiente, para seguir otra más o menos programada por acontecimientos remotos que vinieron a incidir, no se sabe cómo, primero en una minoría urbana muy escogida por el azar y que luego se fueron disolviendo en esa mayoría notoria que tiene la capacidad de asimilar lo viejo y lo nuevo para crear esas formas de comportamiento que hacen rabiar por lo mal que están los tiempos a viejos muy conservadores, y nada más.

Abel Carrasco dejó una carrera, nada brillante, por cierto, de ingeniería química, dos o tres años antes de estar en posibilidad de diplomarse y comenzar a ejercer. Y la cortó de golpe, el mismo día que terminó la lectura de un libro místico que lo dejó turulato. A partir de ahí, en dos o tres años de lecturas,

conversaciones interminables, carrujos de mota, olvido y despráctica de usos y costumbres anteriores, le creció el pelo lo suficiente como para hacerse una bonita cola de caballo que, con lo ancho de los hombros y las proporciones de un rostro de nariz grande, labios delgados, frente amplia y mentón más o menos pronunciado, le confería un muy aceptable primitivismo, acentuado por el suéter de lana gruesa y tosca de Chiconcuac, que venía bien para el tipo de chicas que podían interesarle: indígenas en proceso de superación o gabachas renegadas. Con especímenes de ambas clasificaciones tuvo oportunidad de convivir y de procrear, de modo que pasado el tiempo cuando se vio a sí mismo en una comuna rodeado de prole mestiza que podía o no ser directamente su descendencia pero que igualmente esperaba los sagrados alimentos, se volvió artesano y comenzó la fabricación de aretes, pulseras, collares y demás colgijes de alambre plateado y dorado y piedrecillas de colores. No fueron ajenos tampoco a sus manos los tejidos y trenzados de estambres mezclados con tiras de cuero para adornar muñecas y tobillos. Así, entre música, manualidades, búsqueda del absoluto en la contemplación del agua del arroyo y en el manto imponderable del cielo, han pasado los años. Abel Carrasco tiene el pelo, aunque blanco, aún largo y recogido bajo una gorra de estambre y su última producción artesanal consiste en unos huevitos de madera blanca y suave de tilo, tallados por él mismo, por supuesto, de las ramas del árbol que levanta su buenos veinte metros de tronco recto y grueso envuelto en su corteza lisa algo cenicienta en la entrada del terreno donde aún lo dejan estar a pesar de que se haya desintegrado hace tantos años la comuna, los hijos hayan optado por otras formas de comportamiento menos acordes con el llamado de la naturaleza y la fuerza de la concentración colectiva haya dejado paso al remanente de una muy personalizada melancolía; huevitos de madera de tilo que se abren en dos mitades, con múltiples perforaciones diminutas, y dan cabida a una pizca de hierba aromática o medicinal para ser sumergida en agua hirviendo y sirven para preparar infusiones. Alguien le ha dicho que existe esta tienda consagrada al sueño y él, que con sus propias manos ha recogido, seleccionado, puesto a secar en su pequeñísima parcela esta tila que tanto ayuda a distender los nervios, relajarse, dormir..., ha venido simplemente a ofrecer su mercancía.

### 3. — un cuento persa

Un rimero de sábanas de diversas texturas, colores y tamaños, muestra sus cédulas de identidad: *Algodón 100% peinado. Individual. Matrimonial. Queen. King*. Al lado: *Popelina importada*, y la misma gradación de tamaños. *Franela de Puebla, algodón puro. No pase fríos*.

¡Epa!, ¿qué es esto? una cédula con letra pequeña y largo texto, a la altura de los ojos de una persona de estatura media, se interpone entre el estante y el

pasillo, enmarcada en aluminio y recubierta con mica: *hubo en la antigüedad, en Persia, una princesa que heredó el trono, por orfandad, siendo muy joven; padre y madre perecieron a un tiempo dejándola dueña de un reino poderoso pero en el mayor desamparo afectivo, así que, para tratar de subsanarlo proclamó un edicto ofreciéndose como esposa, con todo y reino, por supuesto, a quien pudiera aliviar su carencia, que se manifestaba con mayor intensidad por las noches, cuando al acostarse se cubría del frío con gruesas cobijas de lana, tejidas por los pastores de ganado. El cuento es largo y está consignado en varios compendios de la literatura persa con el nombre de La sábana real, pero el caso es que, después de muchos pretendientes que perdieron la vida en el intento de quedarse con la chiquita y con el reino, vino un joven tímido que había vivido toda su vida en un bosque de moras y conocía al gusano de seda muy de cerca y le tejó una sábana satinada con la que, después de muchas peripecias, la envolvió una noche en que se habían agravado especialmente los síntomas del desamparo con la redondez y el brillo de la luna y ella recuperó el calor, el bienestar y la suavidad anheladas, y él ganó una reina y un reino, de la misma manera que usted puede hacerlo si aprovecha esta magnífica oferta. Auténtica seda china en colores pastel. Dos juegos por el precio de uno y medio.*

Y aun a pesar de cédulas como la anterior, el ambiente tiene algo poco comercial, algo extrañamente enigmático ya que hasta el momento no ha aparecido nadie que atienda a un posible cliente o curioso o visitante de cualquier latitud y sólo los exhibidores se suceden por el largo pasillo que parece irse oscureciendo hacia el fondo, a medida que van cambiando los objetos en la estantería de distintas disposiciones, materiales y tamaños.

He aquí unos roperos, de madera de cedro — el olor los delata o de otro modo no valdría la pena decir de que madera están hechos — con ambas hojas abiertas que muestran ropas de dormir para hombre y para mujer en confusa profusión. Batas de lana para señor y batas de algodón afelpado para que la señora salga del baño. Salto de cama ligero en poliéster o camisola informal con cinturón de amarre para él. Pants de seda para ella y para él. Junto a una pijama de franela un camisón de artisela delgadísima. Todo junto, todo como revuelto. ¿Qué querrá decir? ¿Tendrá algún sentido el que hayan juntado objetos para el mismo fin pero tan disímiles, objetos para esa intimidad que se manifiesta vistiéndose pero poco? ¿Habrá alguna voluntad oculta de mostrar lo vanas que son las diferencias, estas pequeñas diferencias de material, lo breve que es el hilo que hay entre lo grueso y lo delgado, lo que es blanco y lo que es definitivamente negro? ¿Será casualidad?

Tal vez después de mirar estos roperos que, contrario a los estantes de sábanas, no parecen ofrecer mercancías nuevas, objetos de consumo, sino ejemplos, lecciones, preparaciones para ingresar al mundo horizontal, al íntimo, en donde todo lo que sabemos hace clic y se abre un ir a donde nada es, como no es nada la piedra ni es nada el pasto, ni siquiera los animales son nada, ni el

aire ni la luz ni el tiempo si no son vistos. Uno ve al dormido pero él no se ve a sí mismo, tal como uno ve todas las cosas. A menos que uno, dormido, sueñe que está dormido y se esté viendo en toda la negra canica de los ojos cerrados y radicalmente hundidos en una densidad semejante a la del centro de la tierra. O del sol, mejor. A menos que haya ese otro paraje.

Como Abel Carrasco está mirando ahora un altero de tapetes bujara de apariencia un poco deslavada y tintes suavemente contrastados. *Dormir es un lujo de la materia, duerma con el lujo que usted merece en una estera acogedora. Seda y lana anudadas a mano, para toda la vida.* Y un poco más adelante un montecito de ramas de pino olorosas: *Juncia de Chiapas para un sueño perfumado y reparador, la renovamos por contrato cada semana, vacíe sus colchones y sus almohadas de borra y rellénelos con juncia fresca; esto es vida.*

#### 4. — un escéptico

No es bueno dejarse ir con la primera impresión, que a veces es engañosa; conviene observar más detenidamente en ocasiones porque se descubre que uno está en posibilidad de equivocarse. Si se ve más detenidamente, no puede ser Abel Carrasco el sujeto que ha entrado a la tienda, porque no responde a la descripción que de él se ha hecho. No tiene ni la edad ni el pelo blanco, ni trae una gorra tejida. Es más bien alto, bastante delgado y anguloso y porta un abrigo largo gris rata que podría considerarse elegante si no hubiera algo en sus dobladillos que lo acorrienta sin declarar abiertamente la procedencia de la sospecha. Tal vez sea un abrigo comprado en Tepito y reconstruido. El corte de pelo también es engañoso: muy corto pero sin llegar al rape denigrante de soldados y presidiarios. Muy corto y castaño tan oscuro que podría pasar por negro, aunque le faltan los brillos azulosos que revelan el vigor de un cabello negro sano. Y a pesar de estar corto tiene algo de grasoso que destiñe su posible elegancia. ¿Quién podrá ser este hombre que se ha detenido frente a una alta estantería que exhibe miles de frasquitos y cajitas — **miles** es una palabra que en esta descripción rigurosa no denota necesariamente una cantidad sino un concepto: te he dicho miles de veces que, hay miles de razones para — con palabras desconocidas o de escasísima frecuencia que denominan estos productos de uso específico: somníferos. Químicos y naturales. *El sueño es muy natural pero recientes investigaciones... Por un proceso químico que anula la actividad suprarrenal... El faro de la conciencia ilumina hasta... Materia o antimateria. Vigilia o sueño. Usted escoge.*

*Beleño blanco, beleño negro, opio de Sumatra, belladona, estracío de atropina, anfión activo, éter volátil, concentrado de lechuga, dormorín compuesto, letarget, onirán volcánico, somnofén, descón.*

Pongámosle nombre a este señor de entre sesenta y sesenta y cinco años que empezó su vida de diletante inventándose una hipocondría que le pareció adecuada a los espíritus sensibles que, claro, se desvelan, olvidan comer, no van al dentista, hacer caca no les parece una actividad indispensable y se abrigan de más. Leoncio Esquerra, Aunque la s debería ser una z original de la que Leoncio huyó desde los primeros años de una escolaridad dispersa y vagabunda porque le pareció que la z es una s que sólo mira al pasado. Y Leoncio, el raro de Leoncio, ¿qué hace aquí? Pues resulta que puede haber vendido sus memorias a Ricardo Garibay, — le vendo mi memoria, se le habría ocurrido — y con el pecunio obtenido durante sesiones interminables de grabación en las que literalmente vació sus recuerdos, primero de la niñez en Monterrey y, posteriormente, de la tercera a la decimosegunda, del barrio de la Condesa, de sus personajes de la farándula, de los restaurantes taurinos, de los burdeles famosos, de la siembra, crecimiento y muerte de camellones enteros de palmeras, de borrachitos, de sus abundantes y presuntuosos amoríos, de Pita Amor, ha decidido buscar curación a un mal que lo aqueja desde tiempos ya muy remotos: el insomnio.

Precisamente, cosas como éstas que ahora ve pueblan sus ojos cerrados o clavados en el techo durante horas y horas de inmundia vigilia; cosas como éstas: un maniquí que es efigie de una jovencita de piel blanca pero bronceada al sol, que se cubre con una camisola de charmuse, con mangas de gasa, que aunque no es transparente agrede con las puntas de unos pezones asesinos. Otra, junto, con una pijama de los mismos materiales, está diseñada de tal suerte que sus ojos se clavan con lujuria plástica en los ojos que pasan por allí y que miran cómo no debe tener el modelo original más de dieciocho años y su largo cuello desabrochado deja ver la línea geológica en que se separan los montes de sus pechos. *Charmuse combinado, mangas en gasa. Colores melón, agua o marfil.* Y en la siguiente plataforma que la imaginación de este pobre hombre hace habitación cuidadosamente cerrada que lo estaba aguardando, otras dos efigies en posturas provocativas muestran, una, camisón largo, negro, delgado, entallado, escotado, y ella levanta un brazo en un gesto levemente perezoso para meter los dedos entre su suelto cabello largo; la otra enseña más y aunque sea rígida parece haber salido de la vida hace apenas un instante y algo sugiere que aún le queda un resuello último que moverá ese vientre casi desnudo *Combinado brassiere y bikini, 100% poliéster tallas 32 a 36* que hará que el finísimo encaje que sube desde el triángulo fatídico hasta las caderas se mueva con la cadencia que sugiere el paso que se quedó a punto de dar cuando, por una maldición y para castigarlo a él, la volvieron maniquí de pasta. Y más allá *100% nylon stretch, colores rey, fucsia o negro, camisón corto, baby doll, guantes largos o cortos, boxer*, claro que en esta mona abajo del boxer transparente hay otra prenda y de sobra se sabe que abajo no hay otra cosa que pasta de la misma pero en la vida real de la imaginación debe usarse sin nada que oculte lo que la transparencia exalta. Y aquella hacia la que ahora Leoncio se encamina sonríe

con inocencia adolescente mostrando un sostén casi transparente que deja entrever las entintadas aureolas de los pechos y más abajo otra oscuridad mucho más maliciosamente lograda porque de la escasísima tela no sobresale nada, indicando que un depilado exquisito ha logrado el dibujo perfecto de una almendra alargada y levemente abierta. *Blanco o marfil, seda spandex, tallas CH M y G.*  
¿Todo para dormir?

## 5. — un hombre bueno

No. La verosimilitud no tiene siempre el peso definitivo de lo cierto. Y menos tratándose de seres vivos, de personas que por su propio pie han entrado a este recinto. Entonces probablemente se trate de Ireneo Rodríguez, quien tuvo a su cargo durante más de treintaisiete años la puerta de artistas del Teatro de la República y los conoce a todos, los ha tratado a todos, nacionales y extranjeros, con absoluta franqueza y cordialidad. Estrellas que hicieron época y furor en la imaginación colectiva y que pasaron y volvieron a pasar por ese teatro magnífico del que él era guardia y anfitrión siempre dispuesto a deslumbrar su pequeña persona con la refulgencia de los legítimos habitantes de ese sitio de paso tan sólido e importante. De hecho, no recuerda incidentes desagradables con el extraño y multifacético gremio que ocupaba el lugar, con excepción de la vez que no permitió la entrada de dos pirujitas que decían que iban a visitar a su camerino al actor principal y a él, a Ireneo, le pareció prudente impedirlo y echarlas con malos modos por respeto al actor y al recinto que le daba un trabajo, aunque aparentemente frívolo muy noble y satisfactorio, y resultó que las juzgó mal, que más se fío de la apariencia externa que de la pureza de alma de las dos hijitas del conocido astro que montó en cólera cuando a la salida lo esperaban, furiosas y frías, exigiendo la reparación de la ofensa. Pero fuera de esta remota zancadilla de la suerte no tuvo más que buen trato, actitud servicial, ocasionales propinas en moneda o en especie. Y la razón de ser de toda su vida vivida.

Acostumbrado a desvelarse hasta muy altas horas por la naturaleza de su trabajo, no puede ahora conciliar el sueño mientras hay oscuridad y eso le acarrea si no problemas, porque en realidad a nadie le importa que duerma o deje de dormir, que se levante o permanezca tirado todo el día, porque la única relación estable que tuvo terminó hace muchísimos años, sí una cierta incomodidad ya que le gustaría usar las horas de la mañana para pasear, para ir a los parques, para recorrer los mercados e imaginar las cantidades que compraría de cada cosa si tuviera con quién compartir: tanto de aguacate, tanto de quesillo de Oaxaca, tanto de mangos olorosos; pues a partir del mediodía, cuando se levanta, el calor le quita todo lo grato a esta sencilla afición civil de Ireneo.

De modo que andándose paseando vio el letrado y se dijo a sí mismo “mira

nomás Ireneo lo que hay aquí, qué bárbaro, yo nunca había visto que una tienda vendiera todo para el sueño, ¿qué tal que encuentro algo que me sirva para que me dé sueño a las diez u once de la noche, porque ya ni me gusta ver la tele hasta muy tarde, nada más me arden los ojos del esfuerzo de estar viendo rayitas. Por qué no entramos a ver qué”.

Y ahora está ojeando un libro con profusas ilustraciones de cómo se deben dar los masajes relajantes, imaginando que alguien, cuando él llega a su casa, lo está esperando para hacerle eso que los dibujos muestran como algo tan sencillo, y él entonces, hmmm qué rico, se queda dormido despacito, como sin darse cuenta de lo temprano que es y ese alguien que le ha dado el masaje lo tapa amorosamente con una suave cobija y él comienza a soñar como quien se asoma inadvertidamente a una extraña negociación que ofrece toda clase de artículos para el sueño y se abalanza literalmente sobre un libro de imágenes del masaje relajante que, en otra vida, en otro círculo en que no le tocó ser portero de teatro ya jubilado, conoció como algo maravilloso entre las cosas maravillosas que le pueden ocurrir a alguien a quien le gusta pasear, reír con simpleza, ver libros de imágenes, sentir sobre su cansado cuerpo unas manos que saben mover lo que hay adentro para aflojarse todo y dormir, dormir.

De pronto se ve a sí mismo recostado en el piso mullido de la tienda, a punto de quedarse dormido sin poder ni querer evitarlo. No entiende muy bien eso de que se ve a sí mismo, pero así es, y lo acepta con suave resignación, con el mismo gesto de dulzura que se le fue insinuando desde que empezó a ver el libro y que ahora se ha acentuado hasta ser la imagen misma de lo dulce en materia de rostros masculinos.

Lo último que alcanza a pasarle por la pantalla son unos pasos suaves y lentos que se encaminan hacia él, pero ya es imposible retener la conciencia, ya no podrá saber nunca si fue cierto o lo soñó nomás.

## 6. — se oyen pasos

En efecto, los pasos existen. Vienen de la parte oscura de la tienda aplastando muy suavemente la alfombra, como son los pasos que no tienen prisa, que han de llegar de todos modos, por largo que sea el camino y por dilatadas que sean las horas, los años.

Pasos de militar o de poeta, pasos de ciego, de mudo, de triunfador, de muerto. Los pasos ineluctables del sueño. Nada más que habría que saber de dónde precisamente vienen, porque es muy poco decir que vienen de la parte oscura de la tienda, parece una tomadura de pelo, sobre todo si no hemos acabado de recorrerla, si no sabemos qué hay más allá de estas estanterías que, con mucho menos luz que la de la entrada, muestran las mercancías más plurales y abigarradas. Ahora resulta que hay de todo, aunque casi no se ve.

Como la visión que se deforma a través de un cristal ondulado la tienda parece haber crecido, parece ser mucho más ancha y alta y profunda de lo que parecía apenas pasada la puerta, sin embargo ahora que hay tanto se ve menos.

¿Qué es tanto? ¿Cómo es eso de que ahora que hay tanto? Pues con decir que hay cascadas, ferrocarriles, una feria, un sombrero hongo suspendido en el aire, una dotación de ladridos de perro, un pasefello de tarde de toros con todo su garbo, sus personajes y su ambiente, un gasto hecho con el dolor de la avaricia, apenas se dice algo, una minucia, de lo mucho que poco se ve.

Los pasos persisten, son tan ciertos como todo lo demás, aunque no los veamos, como las cosas que sabemos que están allí acomodadas unas y en impresionante desorden otras. Claro que su apariencia no es definida, o por lo menos, no es tan definida como puede ser lo que se ve y se ofrece al tacto y posee un olor, un sabor y una densidad determinadas, y sobre este conglomerado de cosas los pasos, los pasos, continúan su lento lento avance. O, dicho de otra manera, se oyen pasos.

## 7. — un poco de agua y ya

Una voz seca, completa en sus matices, educada pero comprimida, como de una grabación electrónica, muy pulida y refinada queriendo imitar algo fantasmagórico, está llenando poco a poco el clima de rara frialdad de la tienda.

¿Quién de ellos es el que la escucha? ¿A quién alude?

— Usted tiene un perro, o ha tenido un perro. Alguna vez lo ha escuchado ladrar durante *toda la noche* y se ha preguntado por qué ladra, por qué tiene usted — o hay cerca — un perro que no le deja dormir, por qué hay razones tan imperiosas para los perros que los hacen ladrar sin tomar en cuenta que uno está tratando de dormir. Usted ha elaborado el discurso más antiguo de la humanidad: perro del demonio, cállate, ¿te callarás? No me has dejado dormir en toda la noche.

El ósido de Ireneo Rodríguez es tan fino como el de Leoncio Esquerria y el de ambos lo es tanto como el de Abel Carrasco, de manera que no hay quién perciba mejor y quién peor esta voz untuosa que parece darse en redondo porque curiosamente el pasillo virtual de la tienda se ha ensanchado — ¿ya lo habíamos notado? — se ha ido haciendo como una burbuja en donde cada uno — si es que hay más de uno — siente que flota o, en todo caso, que no importa tanto estar aferrado a la tierra; no importa tanto si las cosas pesan más o menos que uno, según está uno acostumbrado y por lo tanto no es trascendente la relación arriba-abajo entre uno y las cosas.

— ¿Un día de todos los diablos? ¿Uno de esos días en que parecen haberse juntado para tomar la revancha todas las cosas que dejaste de hacer cuando debías? Quién va a saber cuál es la razón para que en un momento dado se junten

y te pidan cuentas, el caso es que sucede y esos días acabas como un San Sebastián, acribillado por las flechas de los infieles vengadores, los hechos no consumados en su momento que ahora te están escociendo con su vacío y, claro, no puedes dormir.

El suelo es un lago de cristal brillante en el que se van dibujando, como si una patinadora de hielo las fuera trazando con los acerados filos de sus patines, unas inmensas letras palmer: *Cofea Cruda*. Parece ser la conclusión de lo que la voz ha dicho porque al terminar la escritura agua y burbuja y voz se adelgazan y transforman.

Qué pesados los párpados. ¡Qué horrorosamente plomizos los pesados párpados! Uno los quiere levantar porque está seguro de que atrás de ellos está el esclarecimiento de todo lo que ha visto. ¿Perdón? ¿No están cerrados los párpados? ¿Todo lo que el ojo ha visto? Es decir que hay dos vistas: una de un lado y otra del otro lado de los párpados. ¿Para qué entonces querer abrirlos? Es evidente que no hay relación entre una vista y la otra, mucho menos explicaciones de lo que del otro lado se ha percibido.

Sí. Es imperioso levantar los párpados porque allí está la clave del enigma. *Gelzemium*.

¿Qué pasa? Ha ocurrido una palabra.

Nadie la ha dicho, tampoco ha sido escrita o dibujada, simplemente lo dicho: ha ocurrido.

Como cuando hay un profundo mal de amores que desquicia toda la estructura y hace que el sufriente no pueda dar razón ni de sí mismo, no pueda concentrarse en absolutamente nada más que el nombre, el rostro, el vestido, la boca, su calle, su modo de acentuar, su olor, las situaciones vividas con la persona amada y allí, en esa dolorosísima condición de minusvalía, ocurren palabras alrededor que uno no está en condiciones de entender ni mucho menos de aprovechar. *Fosforic Acid. Ignacia, para la tristeza. Sulphur. Estramonium*.

Qué dolor haber perdido el tiempo, haberlo dejado que se escurriera como se escurre una yema reventada entre los dedos. Qué tristeza tan mala la que proviene de no haber sido feliz. Pero, ¿qué: había manera? Pues nadie lo dijo. El deseo se quedó siempre colgando como un par de tenis arrojados a los cables de luz y atorados allí, a la intemperie, por obra de sus cintas amarradas y sin forma de ser recuperado. El deseo, la alegría, el triunfo. La jugada oportuna y perfecta. ¡Ah! Ahora qué.

Pero ahora ya no hay voz que pronuncie pastosa y seca porque se ha ido deritiendo, licuando, vimos, se ha convertido en un charco tibio que se siente en los muslos, en el costado, en el hombro. Un charco que debería ser acogedor como es envolvente pero que algo mortificante tiene. O más que un charco es una tina llena de una rosada agua olorosa con efluvios de almizcle y orín. Emanaciones ácidas que poco a poco van corroyendo toda noción de tranquilidad y tibieza. Eso era. Eso era lo que era. De modo que esta tienda era eso.

## 8. — la salida

A cierta hora se cierra la tienda. Por una puerta trasera llegan los proveedores que saben muy bien la ley: la puerta del frente, la que está bajo el letrero bamboleante de 'Al sueño perfecto', está severamente prohibida para todo el que venga a tratar asuntos estrictamente comerciales. Esa es una puerta destinada exclusivamente para la clientela. Por decirlo de algún modo. Para lo otro hay una puerta de servicio por la que entran las mercancías y salen los desechos. En esta ocasión están entrando cajas nuevas con telas, ropas, frascos, libros, muebles, esencias, espejos, memorias, como si la tienda entera se estuviera renovando, y van saliendo, sin orden ni concierto, como cosas de distinto peso y naturaleza que son, unos huevitos de madera de tilo, un abrigo dudoso de color gris rata, un libro usado de masajes, y en general, una pedacería que tiene como destino común el gran bote de basura que está junto a la puerta de servicio.